



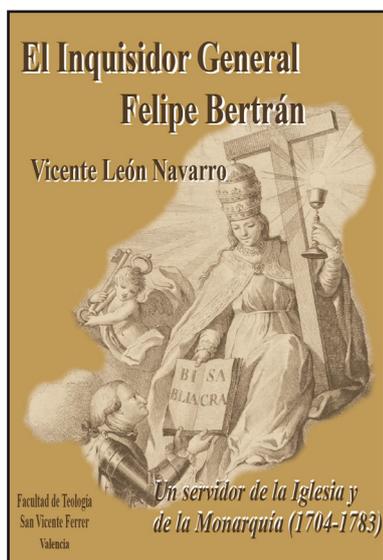
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 25 (2019)

Vicente LEÓN NAVARRO (2017), *El Inquisidor General Felipe Bertrán. Un servidor de la Iglesia y de la Monarquía (1704-1783)*, Valencia, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 539 pp.



Una buena biografía es, de acuerdo con Jacques Le Goff, el relato con pretensión de veracidad de la vida de un individuo. Es una forma de hacer historia que, entre otras cosas, permite aproximarse a la compleja red de relaciones sociales en que transcurre esa vida, y, asimismo, ofrece matices sobre los acontecimientos que la han afectado, operación esta que la historia estructural no está en condiciones de realizar con tanta solvencia. El libro que nos ocupa es una biografía, muy buena, del obispo Felipe Bertrán, persona muy destacada en su tiempo por la amplia actividad que desplegó desde lo alto de la jerarquía eclesiástica y por la relevancia y dificultad de algunas de las comisiones que le fueron encomendadas por la corte. Vicente León, excelente conocedor de la época, da cuenta de todo ello y entra de plano —a veces hasta el detalle— en cuestiones clave sobre el alcance de la Ilustración española y el estado de la Iglesia Católica en la segunda mitad del siglo XVIII.

Felipe Bertrán, miembro de una familia de labradores humildes, realizó la carrera eclesiástica de acuerdo con los parámetros del Antiguo Régimen: gracias al apoyo de un pariente sacerdote ingresó en la Universidad de Valencia en la categoría de alumno pobre, se formó en el tomismo, fue presentado por el marqués de Dos Aguas a su primera parroquia —la del municipio valenciano de Bétera—, realizó con éxito

oposiciones a canónigo, y en un embarullado episodio, como casi todos los referentes al nombramientos de obispos en la época, obtuvo la mitra de Salamanca, respaldado por los informes favorables del capitán general y del arzobispo de Valencia, y añade Vicente León, gracias también a «otras posibles influencias», sin duda procedentes de la corte. Su nombramiento como inquisidor general vino a ser la culminación de una trayectoria solvente, muy grata a los dos poderes, el eclesiástico y el civil.

Bertrán responde al tipo de clérigo ilustrado español del siglo XVIII: un individuo con sólida formación en ciencias eclesiásticas, preocupado por la reforma de la Iglesia y de la religiosidad, perfectamente integrado en el sistema social y de poder vigente, convencido de estar obligado por su posición a servir al bien común. Impulsado por el ambiente valenciano en que se formó, en el que fue determinante el magisterio de Gregorio Mayans, se abrió desde el tomismo a nuevas corrientes teológicas, en especial al agustinismo profesado por el denominado «jansenismo» histórico español. Así pues, adoptó como ideal de Iglesia la apostólica de los primeros tiempos, insistió en la religiosidad interior, e instó a tomar como base doctrinal las Sagradas Escrituras, tarea esta que a su juicio incumbía a todos los miembros de la Iglesia, incluidos los laicos, de ahí su empeño en facilitar la lectura de la Biblia en las llamadas lenguas vulgares. Siguiendo la pauta de los ilustrados españoles, además de ferviente católico fue un regalista convencido. La Iglesia y la Monarquía, el papa y el rey, eran dos caras de un mismo cuerpo, cuyo poder, de origen divino, debía ser acatado por el buen cristiano. Aunque defensor de la dignidad y prerrogativas de los obispos, nunca antepuso el episcopalismo a la obediencia debida al papa y al rey; es decir, Bertrán, como tantos ilustrados, fue ante todo un súbdito fiel. En moral se distinguió por su acusado rigorismo. La idea de que la senda de la salvación es muy estrecha, y las calamidades castigo divino por el pecado, fue *leitmotiv* de sus sermones, a cuyo análisis se dedica un buen número de páginas en esta obra.

Bertrán fue hombre de conducta intachable, que realizó su trabajo con gran responsabilidad y competencia. También con moderación y prudencia. Vicente León pondera estos rasgos tan positivos, más aun tratándose de un jerarca eclesiástico de la época, pero no se deja llevar por la tentación hagiográfica. A lo largo del libro explica con detenimiento los logros del obispo Bertrán, pero también sus limitaciones, que como reiteradamente indica —creo que esta es una de las aportaciones más sobresalientes del libro— no fueron solo suyas, sino también —y sobre todo— las propias del tiempo de Carlos III, entre otras razones porque el monarca impidió que ciertas iniciativas y actitudes fueran demasiado lejos. Sin menospreciar los progresos durante su reinado, Vicente León mantiene que Carlos III fue un rey «más cazador que ilustrado, cuya mediocridad impidió concluir reformas profundas...» (p. 20). Circunscribiéndonos a los asuntos religiosos, si los ilustrados españoles no avanzaron más en sus proyectos reformistas —reitera el autor de esta biografía— fue porque «quizá faltó la voluntad de un rey más comprometido y de unas ideas ilustradas más claras». En definitiva, se echó en falta un enfoque laicista y estatal, como el que proponía Campomanes y sugirieron algunos intelectuales en la línea crítica de Gregorio Mayans. Esta anotación me parece relevante. Contribuye a clarificar el alcance de la Ilustración española, y refuerza la tesis, cada vez más generalizada en la historiografía actual, de que los mayores avances reformistas de sesgo ilustrado se lograron en el tiempo de Carlos IV, si bien muchos de ellos habían sido gestados durante el reinado anterior.

Desde este enfoque, perfectamente justificado a lo largo del más del medio millar de páginas de que consta este volumen, se aborda la obra reformista de Felipe Bertrán como párroco y como obispo. Su aportación fue decisiva en cuatro ámbitos: la actividad pastoral, especialmente la predicación; la expulsión de los jesuitas y la reforma de los Colegios

Mayores, la creación del seminario conciliar de Salamanca, y el impulso para facilitar la traducción al español de la Biblia Vulgata. El papel de Felipe Bertrán en todo ello fue muy destacado y su actitud personal siempre estuvo determinada por la honestidad del buen súbdito. Nunca perdió de vista que su trabajo debía redundar en beneficio de la Iglesia católica y de la Corona, porque como con toda precisión resume Vicente León en el subtítulo del libro, fue «un servidor de la Iglesia y de la Monarquía».

Basado en una más que notable apoyatura documental y en amplísima bibliografía (me atrevería a decir que no se le ha escapado ninguna obra importante sobre las materias abordadas) el autor analiza con meticulosidad las ideas expresadas por Bertrán en los sermones, los cuales constituyen un corpus doctrinal fundamental sobre cómo concibió la vivencia de la fe el sector de eclesiásticos ilustrados que, al igual que Bertrán, se inspiraron continuamente en los tratadistas españoles del Siglo de Oro, de manera especial en Luis de Granada. Con idéntica minuciosidad narra la participación del obispo valenciano, muy activa, en la expulsión de los jesuitas, episodio en que mostró una adhesión incondicional al rey, cual correspondía a un regalista convencido. Colofón de lo anterior fue la reforma de los Colegios Mayores, protagonizada por tres personas muy relacionadas entre sí: el ministro Roda, el humanista y preceptor de los infantes Pérez Bayer y Felipe Bertrán. Sobre este último —asevera Vicente León— recayó el peso de la reforma, pues actuó en calidad de autoridad religiosa y moral encargada de ejecutar las órdenes reales. En la línea encaminada a la reforma del clero pretendida en parte por las medidas anteriores se sitúa la creación de los seminarios diocesanos o tridentinos. También en este punto y específicamente en relación al seminario de Salamanca, cuya puesta en marcha califica León de «enmarañada», resultó determinante la intervención de Bertrán, quien contó con la colaboración, entre otros, de los eclesiásticos Juan Antonio Melón y Joaquín Lorenzo Villanueva, dos individuos clave en la red de relaciones sociales de Bertrán, que alcanzaron notoriedad en el tiempo de Carlos IV y, en el caso del segundo, también durante el primer liberalismo.

La aludida obra reformista de Bertrán no fue nada desdeñable. La realizó con gran esfuerzo, sin rehuir el compromiso personal, el cual no estuvo exento de riesgo las más de las veces —también sobre este punto es sumamente ilustrativa esta biografía—, pero tuvo limitaciones. Las más clamorosas quedaron puestas de manifiesto en el proceso de Olavide, asunto que le correspondió lidiar a Bertrán debido a su cargo de inquisidor general. La detenida narración ofrecida en estas páginas por Vicente León, junto a los trabajos de José Luis Gómez Urdáñez, que están debidamente incorporados a ellas, constituye a mi entender la exposición más convincente de la persecución sufrida por aquel competente hombre de Estado, dotado de muchos conocimientos y de inteligencia excepcional, pero no siempre prudente en sus palabras. Vicente León demuestra las muchas dudas del inquisidor general Bertrán durante el proceso, que estuvo plagado de irregularidades y en el cual fue patente la indefensión del encausado. Como es sabido, al final se impuso el fanatismo a la razón y Olavide fue condenado. En una sociedad sacralizada valió más la palabra de un capuchino (Fr. Romualdo de Friburgo, el denunciante), que la de un buen servidor del rey, y a pesar de que el Consejo de Castilla descubrió las falsedades del fraile y de que el capítulo general de su orden en Roma lo había expulsado de ella por falsario, Bertrán terminó por dar crédito a su denuncia. Pero no fue Bertrán el único responsable de la condena de Olavide, tan denostada en Europa, porque el asunto trascendió ampliamente el plano religioso. En la línea interpretativa de Gómez Urdáñez, afirma V. León: «Olavide fue el peón víctima de la lucha política y cultural, de la inestabilidad del gobierno, de la crisis religioso-moral, de la actitud de un Rey tan poco defensor de sus reformas ilustradas, como insensible a los problemas de sus vasallos, y de la enemistad de

Grimaldi con Aranda aumentada por el fracaso de Argel» (p. 415). Duras palabras, pero a mi entender exactas. Los límites del tiempo de Carlos III quedan bien patentes.

En esta biografía llena de noticias sobre un destacado representante de la Ilustración católica, en la que como se ha insinuado abundan las interpretaciones sugerentes, ocupa un lugar central el estado de la Iglesia española, en particular las rivalidades entre facciones del clero, extremo este al que la historiografía no ha prestado la atención que merece. El examen de la trayectoria profesional de Bertrán permite a Vicente León examinar de cerca las relaciones en el interior del estado eclesiástico y los procedimientos de los más ambiciosos para alcanzar los cargos más solicitados. Sus observaciones son demoledoras. Me limitaré a citar algunas. «La venalidad en los cargos, la codicia, la simonía, parecía moneda corriente en un mundo ávido de colocaciones. La mundana realidad eclipsaba cualquier utopía» (p. 80). En referencia a las disputas doctrinales, escribe: «eran tiempos de intriga, golpes bajos, espías y difamaciones en nombre de la escuela para humillar, desprestigiar y abatir a quienes no la seguían» (p. 368). Y respecto al episcopado, puntualiza: «Algunos historiadores se han contentado con alabar a los prelados del dieciocho y llamarles ilustrados porque eran limosneros, preocupados por las obras públicas y exigentes en sus predicaciones [...] Digamos que, en general, su regalismo y el estar a bien con la corona les empujaban a ello, pero esas actuaciones no eran marchamo de ilustración ni deseos de cambios profundos que fueran más allá de sus inquietudes morales y del logro de una sociedad más pía, fiel y ordenada» (p. 95). Importantes cuestiones estas dignas de suscitar un serio debate historiográfico.

La biografía de Bertrán que nos ofrece Vicente León es una obra de madurez, que mereció en 2018 el premio de investigación concedido por la Sociedad Española del Siglo XVIII. Es un estudio serio, muy bien construido y documentalmente muy fundamentado, en el que se plasma el oficio de un historiador que desde la publicación de su innovadora obra sobre Luis de Granada y la tradición erasmista en Valencia (Alicante, 1986) se ha distinguido como excelente conocedor del siglo XVIII, en particular de la Iglesia católica de ese tiempo. Por lo demás, no es la primera vez que se lanza a la nunca sencilla tarea de escribir una biografía. Hace unos lustros dio a imprenta la biografía de otro clérigo, Miguel Cortés (Valencia, 2003), un hombre con formación ilustrada que transitó con pleno convencimiento al liberalismo y realizó una importante tarea en las Cortes españolas. De Bertrán a Cortés hay gran distancia, tanta como la existente entre la Ilustración y el Liberalismo, aunque no cabe hablar de cambios bruscos, y menos aún de rupturas, como nos demuestran las biografías de muchos individuos cuya vida transcurrió a caballo entre el siglo XVIII y el XIX.

Emilio LA PARRA LÓPEZ